

Dos humoristas porteños:

Ya se dijo hace tiempo que **humorismo** precisamente no hay y que tan sólo hay **humoristas**, por más que ello lo pusiera fuera de sí a Pirandello, que no aceptaba la idea de que hubiera de ser imposible decir qué era el humorismo, y escribió un libro con ímpetu y denuedo en que tampoco pudo decirlo, demostrando de ese modo que no era tan fácil. El episodio, de cualquier manera, está muy lejos de ser concluyente. Lo que pasa es que a lo mejor el humorismo no está en buenas manos, quiero decir que en vez de tenerlo las de la crítica literaria debe pasarse a las de la antropología filosófica.

Pero si no hay humorismo, o es difícil decir qué es, mucho más ha de serlo el decir si hay uno que pueda llamarse porteño. En general, puede estar sucediendo que la razón de todo esto sea que el humorismo **se pasa**, es decir, que apenas aparece en labios de alguien ya está por los quintos infiernos. El humorismo o es universal o no es nada. Alguno que se dijera regional o local no ha habido nunca, salvo que se de ese nombre a otra cosa. De ahí que las primeras, las más antiguas expresiones humorísticas puedan parecer, en lo esencial, aparte de las peculiaridades de lenguaje, junto a las actuales, de la misma época. Me parece que Eduardo Wilde, cuando es humorista, no lo es en tanto que argentino. Pienso que le pasa lo mismo a Macedonio Fernández.



El Sereno
66

EDUARDO WILDE

y

MACEDONIO FERNANDEZ

Este tema se ha estudiado muy poco. Quien se quiera sentir solo, póngase a tratarlo. Según San Agustín, el resorte personal que segregaría el humor obedece a la excitación de algunos alimentos (por ejemplo, el repollo), e implica un funcionamiento patológico del hígado. Pío Baroja, queriendo explicarse por qué hay humorismo en los países nórdicos, dice: "es la gota".

Pero lo cierto que en este terreno siempre se resbala hacia la más pura universalidad. Todo lo que ha podido hacerse hasta ahora es enumerar las partes que por lo común componen el humorismo. De ahí que en vez de una se tengan muchísimas definiciones. Anoto algunas que se me han ido ocurriendo con el tiempo. Se verá que tener tantas no hace mucho por la riqueza:

Es la conflagración de la esperanza y su reducción a cenizas, bajo las cuales sigue viviendo; es un inevitable tener que mojar la pluma lírica en aguas servidas; es el ser ángel y al mismo tiempo su impedimento; es el hallarse en un mundo de puros cuerpos y de puras cosas, siendo de otro; es la clara noción del

estar fatalmente del lado de afuera; es el hundirse en la desesperación hasta salirse por el otro lado, que es por donde ríe sin dejar de ser ella; es una pasión escarmentada del apetito irascible; es el estar en la vida con todo lo que es preciso para hacerlo imposible... Pero en este sitio en vista de que seguir no vale la pena.

Hay escritores que se atienen rigidamente a la ley de causalidad. Son los que demuestran hasta dónde puede servir la solemnidad para esconder la falta de fundamentos. Hay otros que acatan a medias esa ley. Son los que incurren en informalidad flagrante. Pero hay escritores que no se atienen de ningún modo a ella. Son los humoristas. Transcribo cuatro ingenuas pruebas de Eduardo Wilde:

—Había lavado mucho en su vida, lo cual no le impedía tener quince años y un corazón sensible.

—Tenía ojos, nariz y frente, como muchas personas de su sexo, pero estas facciones y otras más en ellas se habían tomado la libertad de ser excesivamente bellas.

Dos humoristas porteños...

—Tenía unos dientes tan lindos que cualquiera al mirarlos deseaba en su fuero interno ver a la niña convertida en perro y ser mordido por ella.

—Era italiana. No tenía necesidad de ser italiana para reírse, pero ustedes comprenderán que tampoco eso era un obstáculo.

Las cuatro cosas denuncian cuatro inconsecuencias. Pero hay que considerar que precisamente así habla la vida. Si los humoristas no supieran leer en los libros, estaría fuera de discusión, en cambio, que saben hacerlo en el mundo, el cual jamás se toma el trabajo de ser lógico. Casi todos los libros nos muestran la realidad pasada en limpio, y después de haberle sacado sus leyes, y de poner en su lugar otras, que es como sacar de su sitio a la realidad misma, porque ¿qué sería de cualquiera de nosotros si nos dejaran todo lo que tenemos y pretendieran sacarnos "solamente" nuestras leyes, las verdaderamente nuestras, las conaturales? ¿Sería justo decir que nos hubieran dejado todo? También el cine, como observó Kafka, nos muestra una realidad ya vista por otro. Los hombres de que hablamos quieren ver por sí mismos. O, mejor: no pueden evitar el ver con sus propios ojos. El humorismo no se inventa: se padece. Lo que se ve en la vida no son **pensamientos**. Solamente presenta lo único que tiene: su real inconsecuencia. Cuando al mundo se le deja hablar (los humoristas están para no impedirlo), se comprueba que su ocupación es juntar cosas que no tienen nada que ver entre sí. El mundo "razona" moviendo cosas, no palabras. Los humoristas quieren hacer lo mismo del mejor modo posible.

Una vez dijo Macedonio Fernández haber hablado tanto en público que toda la concurrencia se puso afónica, y refirió el haberle sucedido a un hombre que antes de empezar a ser soltero ya estaba en segundas nupcias; que algunas crónicas policiales cometen el error de no empezar hasta que no sucede algo, y que una mujer a la que él llevaba bastante edad lo invitó un día a volver "cuando tuviera veinte años menos"; finalmente, hablando de él, observa: "aquí está día y noche el que no fue Firpo por retardo ocurrido a su nacimiento, que aquel suplantó".

Son otras tantas inconsecuencias. En este caso se las ha puesto a casi todas ellas en el terreno humorístico por excelencia, que es el tiempo. Todo lo que ahí se pone, si se vuelve al rato, se verá cómo empieza a contradecirse. ¿Y dónde se van a poner las cosas, si no ahí?

A Eduardo Wilde se le puede ver, a los veinticinco años, siendo médico recién recibido (más tarde fue diputado, ministro, diplomático, escritor), en 1870, curando enfermos por el barrio Sur, durante la fiebre amarilla, de donde mereció el respeto y la admiración de Buenos Aires. Quien quiera conocerlo, vaya por ese lado. Le falta el nombre suyo a alguna esquina de San Telmo.

Y a Macedonio se le puede ver por Corrientes y Maipú, alrededor de 1930, en el Royal Keller, o hablando con algún amigo, o siguiendo con la mirada a una muchacha de quien dice que ya le ha llegado el amor "pero todavía no lo sabe toda su alma"; o se le puede ver entrando a la pensión en que vivía, frente al Selec Lavalle, y luego en su cuarto, ofreciendo a un amigo un

finísimo cigarrillo turco, con boquilla, que extrae del fondo de una guitarra sin cuerdas en que los guarda. Nadie dejará de notar la distinción de este caballero que ya tiene el pelo completamente blanco, pero cuya edad no ha pasado por sus ojos, admirablemente azules y risueños (él dijo que de nada le servía el no tenerlos oscuros, pues veía las cosas del mismo color que las ven los de ojos negros), y cuya discreción es capaz de soportar todas las pruebas, por ejemplo, la de recibir al amigo con una camiseta atada en la cabeza. Yo no conocí a Macedonio. Lo que digo me lo contó Ricardo Bernárdez, que lo quiere, y son cosas que en nadie he visto repetidas. Se dice (lo ha dicho recientemente un conocido crítico) que Macedonio tocaba muy bien la guitarra y que era un compositor extraordinario. Parece basarse en que hay una fotografía de él donde se le ve acunando la guitarra en brazos. Pero me han dicho otros (Fernández Latour, su amigo) que lo que más sacaba del instrumento eran algunos dulces rasgueos. Scalabrini Ortiz le dijo un día que pensaba escribir sobre él y decir que era el primer gran metafísico que había conocido. Le contestó: "Diga que sé silbar algunos tangos".

El tiempo es un tema constante en el humorismo. Si se me pregunta de golpe de qué trata Wilde y de qué Macedonio, diría: de eso. El primero tiene su obra atrabancada de almanaques. Sobre las cosas de que habla sopla constantemente el ventarrón de lo temporal, a veces cortado a ráfagas, a veces huracanado. Para Macedonio el almanaque de la ciudad tiene 365 días con un solo nombre: hoy. A él se le presenta el tiempo como una geografía. Pronunciando uno de sus famosos brindis, dijo: "Es tan poco lo que tengo que decir, señores, que temo me tome mucho tiempo el encontrar en un brindis tan estrecho un lugarcito en donde ponerle el fin".

No hay humorista que no sea fragmentario. Casi todo lo que escriben empieza por cualquier parte y no termina sino que se interrumpe. Las obras de Wilde y de Macedonio parecen salpicaduras de un charco que no está en ninguna parte. Se dice que Kant le quitó a su obra, después de hecha, todas las comparaciones y metáforas para que fuera más clara. Nuestros dos humoristas porteños parecen haberle sacado a la suya la obra misma y sólo haber dejado las comparaciones y metáforas. De ahí que uno anda leyendo sus libros como buscando lo que no tienen. De algún trabajo suyo dijo Macedonio que será "un eminente frangollo" (reunión de partes quebradas con las cuales no se puede armar ninguna figura). Todo será zurcidos, costuras y remiendos. Con los trozos de la obra de Wilde tampoco puede hacerse un entero.

Y el tema de lo corporal es igualmente típico de todo humorista. El médico; diplomático y viajero del 90 no habla en sus libros más que de tropiezos, de impedimentos y de un mundo demasiado lleno de cosas. Macedonio se queja de que en el suyo sólo sea posible llevarse por delante todo lo que tiene, y suspira ante la idea de que alguna vez se inventen automóviles que únicamente tengan parte de adentro, de modo que no nos puedan atropellar. ¿Qué quiere decir esta queja humorística por el mundo? Conviene terminar aquí la nota.